

## VIDA DE PERRO: MIRADAS ANIMALES SOBRE LA GUERRA DE ESPAÑA

Niall Binns

*Universidad Complutense de Madrid, España*

Británico tenía que ser.<sup>1</sup> Ningún miliciano de otro país se olvidaría así de sus compañeros de trinchera para dedicarse a anotar con tanta precisión sensorial la naturaleza no humana que lo rodeaba en el frente de Aragón. En ninguna parte del mundo, escribió el miliciano, había visto tan pocas aves: solo urracas, alguna perdiz y de vez en cuando un águila indiferente a los disparos. Sin embargo, con una especificidad inasumible por muchos lectores (y traductores), las cuevas en que se refugiaron en los riscos de la sierra de Alcubierre eran como nidos de *sand martins*, aviones zapadores, y el silbido de las balas perdidas era como el canto de un *redshank*, un archibebe común.

Británico tenía que ser para insistir, con tanto minucioso detalle, en el tormento de los piojos, que tenían la incomodidad particular de parecerse a minúsculas langostas, y residir en los pantalones, y poner en sus costuras huevos que eran como granos diminutos de arroz. Convivir con los piojos, tener que bañarse en el río en pleno invierno para librarse de ellos, eso era la triste realidad cotidiana de la guerra: “Glory of war, indeed! In war *all* soldiers are lousy, at least when it is warm enough. The men who fought at Verdun, at Waterloo, at Flodden, at Senlac, at the Thermophylae –every one of them had lice crawling over his testicles”.

Británico tenía que ser, por último, para registrar con tanta medida la presencia de las ratas. Era mentira, decía, que ratas y ratones jamás habitaran un mismo lugar. Allí estaban, juntos, revueltos y omnipresentes en las trincheras de Aragón, poniéndose las botas entre los excrementos de mula y la comida putrefacta. Había ratas chapoteando en las zanjas, ratas del tamaño de nutrias o de gatos, y lo devoraban todo, hasta cinturones y cartucheras. Estaban tan hinchadas de comida que habían perdido el miedo a los seres humanos, aunque el miliciano se jactaba del puñetazo que logró propinarle a una. Es que no hay nada tan detestable, decía, que sentir que una rata atraviesa corriendo tu cuerpo en la oscuridad, y ese odio, o pavor, convertido en obsesión, terminaría llevándolo –doce años más tarde– a un momento estelar de la producción literaria de la Guerra Fría.

Pero lo que hoy me interesa de este miliciano británico es su alusión pasajera a un perro que su columna había adoptado y que la acompañó en el camino al frente: “Every militia column had at least one dog attached to it as a mascot”, decía George Orwell; “One wretched brute that marched with us had P.O.U.M. branded on it in huge letters and slunk along as though conscious that there was something wrong with its appearance” (42).<sup>2</sup> Como si se diera cuenta de que había algo terriblemente erróneo en su apariencia.

La guerra, sin embargo, no era siempre un trastorno para los animales domésticos. Ahí está el poema “A *Niebla*, mi perro”, de Rafael Alberti, que empieza diciendo: “*Niebla*, tú no comprendes: lo cantan tus orejas, / el tabaco inocente, tonto, de tu mirada”. ¿Cómo iba a comprenderlo? La figura de *Niebla*, que es seguramente el perro más célebre de la guerra de España, se equipara en su inocencia con el niño del poema, “que observa lo mismo que un festejo / la batalla en el aire, que asesinarlo

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado actualmente por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades e Innovación (PGC2018-098590-B-I00).

<sup>2</sup> Las alusiones y citas anteriores del libro de Orwell corresponden a las páginas 48, 58, 48, 67, 69, 93 y 73.

pudo”. Y porque no se daba cuenta, porque era inocente como un niño y querido como se quiere a un niño, el poeta terminó dirigiéndose a Niebla como su “camarada”. El perro amado –que era, en realidad, una perra amada–<sup>3</sup> vivía el conflicto feliz en su ignorancia, feliz de seguir siendo –pese a todo– mascota. En la segunda estrofa del poema, sin embargo, se detalla el destino más habitual para los animales domésticos en tiempos de guerra, como veremos más tarde. “Mira”, le dice el poeta a su perra: “Mira esos perros turbios, huérfanos, reservados, / que de improviso surgen de las rotas neblinas, / arrastrar en sus tímidos pasos desorientados / todo el terror reciente de su casa en ruinas” (Alberti 2003: 194).

Niebla fue un regalo hecho a Alberti y María Teresa León por Pablo Neruda, que la encontró atropellada, malherida por un camión de guardias de asalto, con una pata rota y cojeando por una calle de Madrid: “*Niebla*, tú no comprendes. Sí, no comprendes nuestra ternura que viene de tan lejos y la hemos ido traspasando a todos los perros que se acercaron a nuestra vida. ¡Cómo cojeabas! Nos enseñabas la pata, gemías para ablandarnos, para que te acariciásemos la cabeza de crisantemo pálido y greñudo. ¡Cuánto nos querías! ¡Cuánto te quisimos!” (León 1999: 39).<sup>4</sup>

Neruda también alude a los perros en su poesía de la guerra de España, pero la línea divisoria que establece entre pasado y presente en su célebre “Explico algunas cosas”, es distinta a la de Alberti. En tiempos de paz, el poeta vivía en “una bella casa / con perros y chiquillos”. Llegó la guerra, murió la casa, y vinieron “aviones / por el cielo a matar niños, / y por las calles la sangre de los niños / corría simplemente, como sangre de niños” (1999: 369-370). El eje de la indignación de este nuevo Neruda es la humanidad herida, son los niños víctimas de los bombardeos. Por eso, en cuanto comenzara la guerra, los perros dejaron de importarle al poeta y la palabra perro desapareció de su léxico o sobrevivió, al igual que el nombre de otros cánidos, degradada en insulto, como imagen peyorativa de la animalidad sanguinaria del enemigo. Los que llegaban con los aviones eran peores que cánidos, eran “chacales que el chacal rechazaría” (370), y en otros poemas de su libro *España en el corazón* hablaría de un “triste hipo de perros militares” (“Madrid, 1937”, 389), de las tropas marroquíes de Franco como “hienas sedientas” (“Canto a las madres de los milicianos muertos”, 373), o de los sacerdotes como “agriños, hediondos perros de cueva y sepultura” (“Maldición”, 367). Este recurso a la imagen animal con fines denigratorios era el pan de cada día en la poesía de la guerra de España; a lo mejor, quizá, en la de todas las guerras. Vicente Aleixandre, en su poema “El fusilado”, habla del enemigo como “lobos carniceros” (Caudet 1978: 75); en la “Arenga” de Manuel Altolaguirre, son “canes de mala ralea” los que asedian Madrid (96); y Alberti, en “Radio Sevilla”, animaliza así al general que perfeccionó como nadie el uso de la radio como arma de guerra: “Queipo de Llano es quien ladra, / quien muge, quien gargajea, / quien rebuzna a cuatro patas” (119).<sup>5</sup>

Mientras se nombraba en vano al perro para descalificar al enemigo, el animal en sí –como sujeto o camarada o compañero de vida del ser humano– empezó a invisibilizarse en la literatura y los

<sup>3</sup> En palabras de Juan Carlos Rodríguez, “evidentemente Alberti no podía escribir un poema ‘A mi perra’, pues eso se hubiera prestado a equívocos de todo tipo” (2017: 12).

<sup>4</sup> Alberti debe de haber escrito su poema en octubre o comienzos de noviembre de 1936. La guerra aún no había llegado a trastornar la existencia de la perra. “La historia de *Niebla*”, cuenta María Teresa León, “es como la nuestra”. Al abandonar Madrid, la dejaron con la familia de León. Hacia finales de la guerra, en las prisas de la huida, Niebla se quedó atrás: “Pero, no, te abandonan por la vida huyendo de la muerte. Llegó un camión. Se llenó de mujeres aterradas y tú corríste detrás de él con toda tu maravillosa juventud, con toda tu alegría, con toda tu fuerza, porque creíste que te pedían que jugases... ¡Más, un poquito más, *Niebla*! Se te atragantó el aire, jadeaste. ¡Resiste! Es tan difícil correr detrás de un camión, en una carretera donde todo huye... ¡Resiste! ¡Cómo ayudarte si los niños quedan abandonados y la madre grita que ha olvidado, con el miedo, al más chico en la cama! ¡Resiste! Todo bulle, se lamenta y llora. Tú corres, jadeas... ¡Resiste! Eso le pedían al pobre pueblo español: ¡Resiste! ¿Cómo? No sé, *Niebla*, en qué momento tus cuatro patitas se doblaron y te quedaste tendida en la cuneta, con la lengua de clavel fuera...” (2009: 40). Sobre los perros en Alberti y León, véase el artículo de Gina Herrmann (2002).

<sup>5</sup> Fuera del mundo de esta poesía, que ya lindaba o se confundía con la propaganda en sus propósitos, perro –o más bien *Sovaca* (совака)– sería el nombre en clave otorgado al líder del POUM Andreu Nin (Ravines 1977: 260), que en junio del 37 sería espionado, perseguido, detenido, torturado y asesinado en Alcalá de Henares por agentes del NKVD soviético.

testimonios sobre la guerra. En ese sentido, el poema de Alberti es una excepción. El veterinario y autor de novelas folletinescas Gonzalo Giner reflexionó sobre ese silencio en la “nota del autor” a su reciente *Pacto de lealtad*, que trata la historia de la cría y adiestramiento de perros con fines militares en la Alemania nazi y de la formación –en manos de la protagonista, una joven veterinaria llamada Zoe Urgazi– de una unidad canina sanitaria en la España republicana. Cuenta Giner: “En mi desafortunada búsqueda por archivos militares, ensayos o trabajos sobre la guerra del treinta y seis, llegué a pensar que los perros habían sido borrados del mapa” (2014: 626).

¿Fueron, de verdad, borrados del mapa? ¿Qué pasó con los perros? La vida de un perro en tiempos de guerra suele ser eso, precisamente: una vida de perro. Comienzan los ataques, arrecian los bombardeos, las casas se abandonan, huyen las familias y los perros se quedan atrás o en el mejor (o peor) de los casos acompañan a sus amos en el éxodo. Así se ve en documentales de la guerra: perros cruzando, junto a los habitantes de Irún, el puente internacional que llevaba a Hendaya (*Spagna* 20:45-21:01);<sup>6</sup> o bien, durante los bombardeos en Madrid, perros huyendo en jaurías, escondiéndose bajo los bancos, o refugiándose con sus amos en el metro (15:05-15:24). Otros acompañaban a los milicianos al frente, no como aquellos perros adiestrados que tan útiles fueron en la Gran Guerra sino como mascotas al igual que ese desgraciado perro de la columna de Orwell.<sup>7</sup> El primer documental en color sobre la guerra de España, el profranquista *Defenders of the Faith* de 1938, muestra entre sus imágenes de la vida cotidiana del frente a la mascota del regimiento que ha tenido cachorros, un acontecimiento que los soldados consideran un buen augurio (*Defenders* 23:04-23:59). Al ritmo que la guerra avanzaba, la vida de un perro se hacía, sin embargo, cada vez más dura. Así habla el historiador Antony Beevor de la retaguardia republicana, donde la comida llegó a escasear hasta niveles insufribles de privación:

Para la mayoría de la población el pan de cada día era escaso y el hambre se dejaba notar. Tanto que, un día, un grupo de amas de casa se lanzó sobre un mulo muerto por un obús de artillería para desollarlo y arrancarle la carne hasta el hueso, mientras perros hambrientos hacían cabriolas a su alrededor. Un brigadista ha narrado que vio a un miliciano disparar contra un perro que devoraba los sesos de un cadáver: a los canes empezaba a gustarles la carne humana. Gatos y ratones se convirtieron en alimento de la población, aunque solo fuera para dar más sabor a la insulsa sopa de lentejas (2005: 273).

¿Gatos y ratones? Gatos y ratones y perros, habría que decir.

El perro, exasperado por el hambre, se hace peligroso para el hombre; ante hombres y mujeres exasperados por el hambre, se hace a la vez él mismo una presa apetecible. Lo espera una “muerte amarilla”, según una imagen del poeta argentino Raúl González Tuñón:

De pronto por el frío de las colas del hambre  
centenares de voces nacen junto a la aurora.  
Ya se han muerto los gallos y los perros esperan  
una muerte amarilla de perros. Silenciosa. (“Los escombros”, 2011: 51).

En las ciudades de la retaguardia republicana, al ritmo del frío y las colas interminables se proliferó la venta clandestina de carne de perro. Un ejemplo: en abril de 1938 la madrileña Patricia Álvarez Diéguez, residente en Cuatro Caminos, fue condenada por vender carne de perro, alegando

---

<sup>6</sup> Desde el otro lado del río Bidasoa, el argentino Alejandro Sux, en una crónica publicada en *El Mundo* bonaerense el 19 de septiembre de 1939, contó así la huida de los iruneses: “No hay palabras para describir los detalles de la precipitada evacuación de Irún; las mujeres pasan el puente internacional arrastrando a sus hijos, cargadas con bultos hechos a la carrera; [...] Los niños también llevan consigo lo que para ellos representa un tesoro: el perro familiar apretado contra el pecho, la jaula del pájaro, el muñeco de aserrín, el juguete mecánico; los más miserables cargan canastas llenas de pan, huevos, gallinas, trozos de carne...” (2012: 755).

<sup>7</sup> Algunos recordarán, en la novela de Leonardo Padura *El hombre que amaba a los perros*, la mascota Churro que adoptó el joven Ramón Mercader en los días en que luchaba como miliciano en la Sierra de Guadarrama. Su madre Caridad Mercader, agente del NKVD, lo visitó en el frente con el fin de convencerle que entregase su vida al Partido. En cuanto Ramón afirmara que estaba “dispuesto a renunciar a todo”, su madre mató a Churro de un balazo (Padura 2009: 39-45).

que era cordero, a una vecina. Según los documentos del juicio, en un registro policial se descubrió “gran cantidad de pieles de perros y huesos al parecer de caballo y un perro muerto”, aunque no se pudo proceder a su incautación “por el estado de putrefacción en que se encontraban” (Romero Samper 2013: 183).

Con el paso del tiempo, el perro se borró de la realidad, y a la vez de la realidad testimoniada de la guerra civil, porque murió en los bombardeos, o murió de hambre, o fue comido por una población hambrienta.<sup>8</sup> En parte es así. Pero desapareció también porque a algunos les parecía inmoral, en tiempos de guerra, entre tanta tragedia humana, preocuparse por un simple animal. Así lo argumentó Roberto Arlt, el 20 de agosto de 1937, en una de las veintinueve crónicas que publicó en el diario bonaerense *El Mundo* entre marzo y noviembre de ese año bajo el título de “Tiempos presentes”.<sup>9</sup> Comentó en ella un aviso que encontró en un ejemplar del diario *ABC* que llegó a Buenos Aires.<sup>10</sup> La crónica comenzó situando al lector en Madrid, el 18 de junio de 1937, y elaboró una especie de bombardeo de titulares sobre la guerra de España y el mundo, anunciando escuetamente –entre otras cosas– la defensa de Bilbao, el asedio de Huesca, el fusilamiento de presos republicanos en Algeciras, la intervención en el conflicto de los aliados alemanes e italianos de Franco, el vuelo alrededor del mundo de la aviadora Amelia Earhart, una plaga de pulgones en Uruguay, el matrimonio de la actriz Jeanette MacDonald y una inminente pelea del boxeador Joe Louis (2012: 113-114). Esta enumeración se interrumpe, en cuatro ocasiones, con una noticia destacada en negrita y mayúsculas: “EN LA CALLE DE VELÁZQUEZ NÚMERO 59 OCURRE UN SUCESO GRAVE”. El suceso grave es el que cuenta el siguiente aviso: “Extraviada perrita foxterrier, pelo duro, blanca, mancha negra espalda. Se gratificará. Velázquez 59, portería” (114). Arlt nos presenta la reacción de un destinatario español cualquiera en Buenos Aires, que lee *ABC* en busca de noticias de su patria, se tropieza con el aviso, y ve con asombro que en medio de “una de las más feroces y sangrientas guerras civiles” alguien haya sido capaz de inquietarse por el extravío de una simple perra: “¿Y la revolución?”, pregunta Arlt –o quién sabe si ese anónimo lector español–; “¿Y los ideales? ¿Y las inquietudes? ¿Y la muerte próxima? ¿Y el hambre regimentada?”. Ese aviso, que procedía –lo señala el cronista con sorna– de una “calle situada en el perímetro aristocrático de Madrid”, delataba a alguien de una “inconciencia” o “indiferencia” extraordinaria:

Mientras a su alrededor los seres humanos, mujeres, hombres, niños, caen como moscas en las quebradas, en los caseríos, en las fortalezas, en las trincheras; mientras que a su alrededor en los hospitales de sangre agonizan y mueren centenares de víctimas, mientras que en los caminos huyen temerosos millares y millares de hombres y mujeres y niños que lo han perdido todo, ese misterioso y complejo ser humano de la calle Velázquez número 59... piensa en su perrita. En su perrita foxterrier, de pelo duro y una mancha negra en la espalda. Y anuncia una gratificación al que le devuelva su perrita (115).

¿Preocuparse por un perro –o una perra, una perrita: digámoslo, así, con la sorna diminutiva de Arlt– connota, entonces, inhumanidad? ¿No puede, más bien, apuntar a una humanidad más amplia y más solidaria? En mayo de 1938, la revista cubana *Facetas de Actualidad Española* publicó dos crónicas de Pedro Clua, un “camarada” que había viajado a España para luchar por la libertad con el fusil... pero también con las palabras. En la segunda, fechada el 14 de febrero de ese año, Clua denunció lo que llamaba el “terrorismo de altura”, los setenta y seis bombardeos aéreos que había aguantado Barcelona en un mes, uno de los cuales dejó ochenta y cinco cadáveres en una “guardería

---

<sup>8</sup> El corresponsal argentino José P. Sadi, que acompañó al ejército de Franco en el frente de Toledo, se sorprendió ante el “silencio de muerte de las aldeas abandonadas a pocos kilómetros del frente, y la falta de animales domésticos en el campo”. Un señor británico le preguntó si no había visto ni siquiera perros vagabundos en las carreteras, y contestó que no, aunque en una ocasión, en otro lugar, alcanzó con sus prismáticos “a divisar un perrito que corría como alocado, con una pata rota, en un terreno batido por la metralla” (1937: 4).

<sup>9</sup> Las crónicas de “Tiempos presentes” y de la serie “Al margen del cable” se ven reunidas en el libro de Arlt *El paisaje en las nubes. Crónicas en “El Mundo” 1937-1942* (2009), editado por Rose Corral y con prólogo de Ricardo Piglia.

<sup>10</sup> El anuncio se reprodujo en tres días consecutivos, entre el 18 y el 20 de junio de 1937.

infantil para niños refugiados” (1938: 74). La primera, de abril del mismo año, habló también de un bombardeo –“Han pasado los bárbaros. Ha pasado el fascismo como una ola de terror”– pero la víctima era otra. Se titulaba: “El alma de un perro. También los animales sufren la barbarie fascista”, y mostraba a los lectores un perro callejero malherido por un trozo de metralla. Un perro malherido, pero que aun así se alegraba de la atención de gente amiga que envolvía su pata maltrecha en un pañuelo, de una niña que aseguraba, conmovida, que debían de haberle disparado mientras ladraba a los aviones, y sobre todo de una mujer que se declaraba dispuesta a llevarlo a casa, a curarlo y darle de comer. Así termina la crónica: “Comprendiendo este gesto, el pobre animalito se relame el hocico en señal de gratitud y mira a su nueva dueña como si quisiera decir: ‘Buena mujer. Cuando vuelvan los buitres fascistas a descargar la muerte sobre niños inocentes, volveré a plantarme en medio de la calle para ladrarles como maldición’” (8). La imaginación del cronista no deja de ser curiosa, al atribuir al perro una comprensión de lo que sucede a su alrededor y una conciencia muy humana –nada de “Niebla, tú no comprendes”– de la barbarie de los que matan niños, y al hacerlo se portan como animales, como *buitres fascistas*.<sup>11</sup>

Esta inversión de los papeles –el animal humanizado, el ser humano animalizado– es una constante de *La vida por la opinión. Novela del asedio de Madrid*, del argentino Valentín de Pedro, un novelista prolífico y militante anarco-sindical que llevaba más de veinte años en España cuando comenzó la guerra, y pasaría casi dos más en una cárcel franquista y 42 días “en la galería de condenados a muerte” antes de poder regresar a Argentina.<sup>12</sup> *La vida por la opinión* cuenta la historia de Argos, un perro que queda olvidado en Carabanchel Bajo a inicios de la Batalla de Madrid, durante el pánico del ataque franquista de noviembre de 1936. Consigue reencontrarse con su familia, se refugia con ellos en una estación de metro, vuelve a perderse, vive una historia de amor con Linda –una lullú de raza de una aristócrata presa–, acompaña en el frente de Madrid al pastor alemán Karl –mascota de un brigadista internacional alemán–, descubre primero con perplejidad y más tarde con horror el cuerpo muerto de Isabelita –la hija de su familia–, se ve adoptado por una tía odiosa cuando su familia emigra a Argentina, es expulsado de ese nuevo hogar, se arrastra famélico por una ciudad a punto de caer, muere atormentado por un grupo de niños, y en el día de la entrada triunfal de las tropas de Franco se pudre su cadáver en un montón de escombros “con un letrero que alguien, piadosamente, había atado a su cuello y que decía: MUERTO DE HAMBRE. ROJOS: ASÍ ACABARÉIS TODOS. Era su INRI” (Pedro 2014: 272).

Valentín de Pedro sintió la necesidad, en un prólogo, de defender su decisión de novelar la guerra a través de la vida de un perro, anticipando quizá las críticas de alguien como Arlt: “Se dirá que un perro no es personaje apropiado para servir de protagonista a una hazaña memorable en la vida de los hombres, como lo fue la defensa de Madrid en la guerra de España; pero como estas páginas no aspiran a ser una epopeya, sino un humilde relato, no parecerá extraño que lo vinculemos a la humildad del perro” (45-46). Por otra parte, qué sentido tendría, pregunta Valentín de Pedro, individualizar como héroe a un solo protagonista humano cuando la defensa de Madrid fue llevada a cabo no por una élite de líderes sino por hombres de la calle, por el Pueblo anónimo.

Es curioso ver que la animalización como estigma aparece al menos de tres modos distintos en la novela: los enemigos que lanzan obuses sobre la capital desde la otra orilla del Manzanares se equiparan a cuervos en una imagen que connota, de manera muy obvia, la negritud de su espíritu y su deleite de carroñero en la muerte;<sup>13</sup> la crueldad convierte en fieras a dos personajes de la novela, un falangista de la quinta columna pero también a un miembro de la FAI, y Luis, el hijo de la familia de Argos, que es un leal e íntegro republicano, mira el cadáver del supuesto anarquista como “un ser

<sup>11</sup> Sobre Clua, véanse las páginas correspondientes del libro *Cuba y la guerra civil española* de Binns, Cano Reyes y Casado Fernández (2015: 266-267).

<sup>12</sup> Sobre De Pedro y esta novela, publicada originalmente en 1942, véase la introducción de Aníbal Salazar a la segunda edición, “La guerra civil con ojos de perro: una novela desconocida sobre el asedio de Madrid” (Pedro 2014: 9-41).

<sup>13</sup> Don Eugenio, desquiciado, pasa largas horas en el frente. “Los cuervos están ahí, agazapados en sus trincheras, esperando que Madrid se desangre, que Madrid se muera, para hacer presa en su cuerpo... Y yo quiero ser el espantapájaros que los ahuyente...” (200). Los defensores de la ciudad tienen que obligarlo a alejarse.

repulsivo de otra especie que la nuestra” (183); por último, al final de la guerra (y la novela) la multitud embrutecida por el hambre y la derrota que se arrastra por Madrid es ya la masa manipulable e inconsciente que soñaron los enemigos de la República, y se describe insistentemente como un rebaño.<sup>14</sup>

Los hombres se animalizan, el animal se humaniza. No es casual que la novela comience no con Argos, sino con un periodista desmelenado que despótica en un bar contra las corridas de toro, aun las benéficas a favor de un hospital de sangre, pidiendo que se deje en paz a los animales y expresando su defensa “de todos los animales víctimas de la guerra” (51). Ese periodista se arriesgará la vida rescatando a Argos de la casa familiar de Carabanchel Bajo, pero como él mismo dice: “a mí me interesa la vida de un animal tanto como la de una persona” (65). Argos experimenta todas las vivencias posibles, tanto para un perro como para un ser humano, en la guerra civil. Comparte el entusiasmo de los madrileños que salen a defender su ciudad (90), disfruta como ellos su libertad (96), vive con ellos la violencia de los descontrolados e instintivamente se defiende ante ella y defiende a los suyos (183), conoce el idealismo de los voluntarios (113). A nivel narrativo, el hecho de que el relato enfoque las vivencias de un perro permite que nosotros, los lectores, vivamos el extrañamiento de una perspectiva insólita sobre el conflicto. A la vez, en su experiencia de la solidaridad, la violencia, el hambre y el abandono, en su capacidad de sufrir, y sobre todo en la inocencia de su mirada que entiende por instinto mucho de lo que sucede pero no comprende, por ejemplo, la impotencia dolorida de sus amos, cuando se ven obligados a dejarlo en Madrid, Argos encarna con patetismo el destino de tantas víctimas inocentes. No es casual, en ese sentido, que se le atribuyan los mismos elementos de quijotismo de su amo Luis: es, precisamente, “la triste figura de Argos” la que hace reír a los niños que lo torturan y matan (271). Asimismo, su camino hacia la muerte se lee como un calvario. Mientras se arrastra como una sombra por las calles de Madrid, pensando en esos amos que se le fueron, se repite “a su manera: ‘Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’” (252); y termina, por supuesto, martirizado y con ese letrero como su INRI que decía: “Muerto de hambre. Rojos: así acabaréis todos”.

## Bibliografía

ALBERTI, Rafael (2003): *Obras completas: Poesía II*. Barcelona: Seix Barral.

ARLT, Roberto (2009): *El paisaje en las nubes. Crónicas en “El Mundo” 1937-1942*. Edición de Rose Corral. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

— (2012): “Tiempos presentes. La perrita madrileña”, en Niall Binns (ed.), *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, pp. 113-115.

BEEVOR, Antony (2005): *La guerra civil española*. Barcelona: Crítica.

BINNS, Niall, Jesús CANO REYES y Ana CASADO FERNÁNDEZ (2015): *Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.

CAUDET, Francisco (ed.) (1978): *Romancero de la guerra civil*. Madrid: Ediciones de la Torre.

CLUA, Pedro (1938): “El alma de un perro. También los animales sufren la barbarie fascista”; “Estampas de la guerra española. Terrorismo de altura. Setenta y seis bombardeos aéreos en un mes”, en *Facetas de Actualidad Española*, La Habana, Año 2, N.º 1, pp. 8, 74.

---

<sup>14</sup> Al enemigo no le bastaba quitar la hacienda y la vida de la gente, porque “quiere, sobre todo, su alma; mejor dicho, quiere que vivan sin alma, porque allí es donde reside la esencia misma del ser, la raíz individual, y lo que les importa es anular al individuo como tal, para convertirlo en rebaño” (72).

*Defenders of the Faith*. Russell Palmer (Dir.). Bishops' Committee, EE.UU., 1938. <[https://www.youtube.com/watch?v=aabG85LH8cM&t=1462s&has\\_verified=1](https://www.youtube.com/watch?v=aabG85LH8cM&t=1462s&has_verified=1)> (04-08-2019).

GINER, Gonzalo (2014): *Pacto de lealtad*. Barcelona: Planeta.

GONZÁLEZ TUÑÓN, Raúl (2011): *La muerte en Madrid. Las puertas del fuego. 8 documentos de hoy*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.

HERRMANN, Gina (2002): "The Dogs of War: Melancholy and the Infinite Sadness of Rafael Alberti and María Teresa León", en *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, Vol. 27, N.º 2, pp. 441-463.

LEÓN, María Teresa (1999): *Memoria de la melancolía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

NERUDA, Pablo (1999): *Obras completas I. De "Crepusculario" a "Las uvas y el viento", 1923-1954*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

ORWELL, George (2001): *Orwell in Spain*. London: Penguin.

PADURA, Leonardo (2009): *El hombre que amaba a los perros*. Barcelona: Tusquets.

DE PEDRO, Valentín (2014): *La vida por la opinión. Novela del asedio de Madrid*. Edición de Aníbal Salazar. Sevilla: Renacimiento.

RAVINES, Eudocio (1977): *La gran estafa: la penetración del Kremlin en Iberoamérica*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos (2017): "Guerra, poesía y 'Niebla'. Análisis de un poema", en *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*, N.º 1, pp. 8-15.

ROMERO SAMPER, Milagrosa (2013): "Hambre y retaguardia. Protesta social en el Madrid de la guerra civil", en *ESD. Estudios de Seguridad y Defensa*, N.º 2, pp. 160-190.

SADI, José P. (1937): "Al margen del cable. Casos de espionaje", en *El Mundo*, Buenos Aires, 7 de agosto, p. 4.

*Spagna 1936-1939: la guerra civile*. (2004): Leonardo Tiberi (Dir.). Roma: Istituto Luce. <<https://www.youtube.com/watch?v=IZ-YFW6j1xU>> (04-08-2019).

SUX, Alejandro (2012): "Van conociéndose ahora episodios emocionantes de la tragedia de Irún", en Niall Binns (ed.), *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur, pp. 754-759.